MEDITACIONES

PARA TODOS LOS DÍAS DE ADVIENTO, NOVENA Y OCTAVA DE NAVIDAD Y DEMÁS DÍAS HASTA LA DE LA EFPIFANÍA INCLUSIVE

OBRA ESCRITA EN LENGUA ITALIANA POR

SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO

OBISPO, DOCTOR DE LA IGLESIA

Y FUNDADOR DE LA

CONGREGACIÓN DEL SANTÍSIMO REDENTOR,

EN CONTINUACIÓN A LOS

ONCE DISCURSOS DEL MISMO SANTO.

Traducida al español, y añadida con las

nueve Meditaciones del Sagrado Corazón de Jesús

POR EL REFERIDO AUTOR.

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 - 41003 Sevilla

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA
ISBN: 84-7770-580-1
Depósito legal: M. 23.268-2001
Imprime: Impresos y Revistas, S. A.

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

Hay para todos los hombres en el curso de su vida tiempos de alegría y de temor, en los que cada uno dice de lo más profundo de su alma: «Aquí reconozco la obra de Dios, aquí reina la mano misteriosa de un poder supremo». El escéptico, el incrédulo, el que se burla de todo, ven aparecer días que descubren al hombre una cosa superior a lo que puede alcanzar en su peregrinación sobre la tierra. Días de este género son aquellos en que el cristiano celebra el nacimiento de Jesucristo su Redentor: acontecimiento que no puede menos de interesar lo mismo al pueblo, que a la familia y al individuo; porque él ha obrado un cambio inmenso en el destino del mundo, y una mudanza plausible en las relaciones del hombre con el Creador, reconciliándolos entre sí, uniendo nuestra naturaleza a la Divinidad, y abriéndonos de esta suerte un manantial perenne de felicidad para la vida, y de consuelo para la muerte; que por esto, un tan venturoso suceso tenía al pueblo depositario de su promesa en la más ansiosa expectación, y a las demás naciones en un respetuoso silencio, o, para decirlo en una palabra como el apóstol san Pablo: Todas las criaturas gemían, y estaban como de parto [1].

---

1 Rom. VIII, 22.

Llegado ya su cumplimiento en la plenitud de los tiempos, no solo debió producir una inefable alegría en las generaciones testigos de tales maravillas, sí que ella debió necesariamente transmitirse a las venideras; porque los beneficios de la venida del Salvador a la tierra no solamente se dirigían al siglo que la había presenciado sí que también a los que le han seguido y seguirán; siendo el momento de tan feliz suceso el que había de encerrar la eternidad. Todas las generaciones, todos los siglos tienen delante de sí la luz de la verdad que trajo al mundo Jesucristo, para disipar las tinieblas del error y perfeccionar la moral del género humano. Todas pueden aprovecharse de la salvación y de la paz con Dios, que nos adquirió su Unigénito a costa de su sangre y de su vida; pues para todos se obró una nueva creación espiritual, que comienza al nacer Jesucristo. Pero en especial los cristianos debemos considerar este día como el de nuestro propio nacimiento, porque en él está el principio de la nueva vida de la gracia, que nos reengendró en hijos de Dios.

Por esto el aniversario de la Natividad del Salvador será siempre para el cristiano una de las fiestas mas solemnes de su vida; como que le recuerda los grandes beneficios de la Providencia, y aquella caridad sin límites, cuya memoria no puede menos de despertar su gratitud, y excitarle a venerar rendido los santos misterios de la infancia del Salvador. Mas, como para penetrarse a fondo de la importancia que tienen

en la economía de la redención humana, no basta asistir a las solemnidades con que la Iglesia les da culto, sí que es preciso además buscar algunos momentos de recogimiento, y dedicarlos a la piadosa reflexión de las sublimes lecciones que aquellas nos dan, por esto los santos Padres nos exhortan con viveza a meditar seriamente los hechos y circunstancias de la venida del Salvador al mundo; considerando lo que en ellos quiso enseñarnos, las lecciones infinitamente sabias que el hijo de Dios quiso darnos va desde niño con su ejemplo, y la gracia que para practicarlas vino a comunicarnos: pensando al mismo tiempo si hemos correspondido a este beneficio, y a los designios que Dios se propuso al hacerse hombre y habitar entre nosotros; esto es, si nos hemos conformado con su imagen y semejanza: examinando cuál ha sido el carácter de nuestros pensamientos, de nuestros deseos y nuestra conducta: confundiéndonos al ver que la enseñanza tierna y eficaz de un Dios niño ha sido poco apreciada por nosotros, que con tanta facilidad nos hemos dejado llevar del orgullo, del odio, de la cólera, de la sensualidad, de la envidia, de la demasiada solicitud por los bienes temporales, de un gusto excesivo por los placeres y demás vicios de otros géneros.

A fin, pues, de que cada uno en algunos momentos de retiro, que pueda sustraer a sus ocupaciones, haga estas provechosas reflexiones, para dar cuenta de sus pensamientos, deseos y acciones en el tribunal de su

conciencia, y delante los ojos de aquel que sondea los corazones, se ofrecen estas Meditaciones para los días de Adviento y Natividad de Jesucristo, cuya recomendación la llevan, con la santidad y sabiduría del autor que las compuso, así como todos sus escritos, sellados con el juicio público de la Iglesia. De ellos se han traducido varios a nuestro idioma con una aceptación general, en especial los Discursos que en número de once compuso el Santo, para servir de preparación a la fiesta del Nacimiento del Salvador. Y si bien en ellos trata algunos puntos que son asimismo objeto de estas meditaciones, no por eso creemos haya una repetición superflua, pues en aquellos se propuso y formó san Alfonso de Ligorio un plan de ideas que pudieran servir de campo a los oradores cristianos y de lectura instructiva y piadosa a los fieles, excitándolos a reflexionar sobre las verdades que los mismos encierran para que reverberando en sus corazones, se enfervorizasen en la práctica de las virtudes que el Salvador vino a enseñarnos. Mas en las meditaciones que ahora se ofrecen, hay la circunstancia particular, que desde el principio de ellas, sin un gran discurso ni penetración, se penetra el alma de su contenido, la enardece con sencillas consideraciones, y la lleva suavemente a desahogarse en afectos y súplicas con Jesús y María.

Además los once discursos dichos se limitaban a un ejercicio de nueve días; pero las meditaciones se extienden a todos los días de Adviento, Natividad y Epi-

fanía, siguiendo a estas las del corazón de Jesús, que el mismo Santo puso a continuación de las referidas; pues que embebida el alma de los afectos tiernos que nos inspira la santa infancia del Salvador, se ve como obligada a buscar después dónde depositarlos. Y en ninguna parte puede hacerlo más naturalmente, que en el corazón de este mismo Jesús, donde se hallan reunidos todos los sentimientos de ternura, y bondad, y amor que manifestó durante su vida mortal.

Estas razones, que sin duda debió tener presentes el santo Obispo al escribir las predichas Meditaciones, movieron también a un celoso y sabio Prelado español, para remendar su traducción, que se ha hecho ajustada literalmente al original italiano, para que no perdiese la sencillez y santa unción que caracteriza todas las obras místicas de san Alfonso, y a fin de que su lectura acomodándose a toda clase de personas produjese el fruto de una tierna devoción a la niñez de Jesucristo. Mas, si no fuese este el resultado, reconózcase al menos el deber que todo cristiano tiene de llegarse en los días del Nacimiento del Redentor a este Ángel del gran Consejo, a este nuevo Maestro para oír las lecciones que nos da en aquel portalillo o cueva, compendio magnífico de todas las maravillas del Altísimo. Allí el silencio de la noche, la pobreza, los gemidos, y todas las debilidades de la frágil naturaleza, son otras tantas sublimes instrucciones. Y son igualmente preceptos que el nuevo Legislador nos da, pro-

mulgándolos sin más aparato que el de un pesebre por trono, unos ínfimos lienzos por púrpura regía, y sin más corte que José y María; a fin de que nos acerquemos con mayor confianza, sometamos nuestro entendimiento a la fe, que nos muestra la Divinidad oculta a nuestros ojos en aquella oscuridad, y adorémosla con los sentimientos que lo hacen los Reyes del Oriente, cuando vienen a postrarse a los pies de Jesús.

También los días en que las festividades del Nacimiento son celebradas en toda la Iglesia, se presentan a nosotros con la circunstancia particular de ser los últimos de un año que va a perderse en el abismo de los tiempos, y con él todos los placeres y vanidades mundanas, las acciones y discursos inútiles. Son igualmente los primeros días de otro año nuevo, que nos recuerdan el deber de nacer a una nueva vida, y mejor empleada en corresponder a la gracia que Jesucristo vino a traernos, y en ser más activos, celosos y concienzudos en el cumplimiento de nuestros deberes, más fieles a nuestras promesas y votos; porque puede ser que sea esta la última vez en que veamos solemnizar misterios tan augustos, y después soplen ya sobre nuestra tumba los helados vientos del invierno.

PROTESTA DEL AUTOR.

Para obedecer a los decretos de Urbano VIII yo protesto: que a cuanto en este libro se dirá de milagros, revelaciones, o gracias, no pretendo atribuirles otra autoridad que la puramente humana; y dando a alguno título de Santo; o de Beato, no es mi intención darlo, sino según la costumbre y opinión, exceptuadas aquellas cosas y personas que han sido ya aprobadas por la Santa Sede apostólica.

MEDITACIONES

PARA TODOS LOS DÍAS DE ADVIENTO HASTA LA NOVENA DEL NACIMIENTO DE JESUCRISTO.

MEDITACIÓN I.

Et incarnatus est de Spiritu Sancto, et homo factus est.

Y encarnose por obra del Espíritu Santo, y se hizo hombre.

Considera como habiendo creado Dios al primer hombre para que le sirviese y amase en esta vida, y después conducirle a la vida eterna, a reinar en el paraíso; a este fin le enriqueció de luces y de gracias. Pero el hombre ingrato se rebeló contra Dios, negándole la obediencia que le debía de justicia y por gratitud, quedando de esta suerte el miserable privado con toda su descendencia de la divina gracia y excluido por siempre del paraíso. Mira después de esta ruina del pecado perdidos a todos los hombres. Todos vivían ciegos entre las tinieblas, en las sombras de la muerte. Mas Dios, viéndolos reducidos a este miserable estado, determina salvarlos. Y ¿cómo? No manda ya a un Ángel o a un Serafín; sí que para manifestar al mundo el amor inmenso que tenía a estos gusanos ingratos, envió a su mismo Hijo a hacerse hombre, y a vestirse de la misma carne de los pecadores, para que satisfaciese con

sus penas y con su muerte a la justicia divina por los delitos de ellos, y así los librase de la muerte eterna; y reconciliándolos con su divino Padre, les alcanzase la divina gracia, y los hiciese dignos de entrar en el reino eterno. Pondera aquí de una parte la ruina inmensa que trae el pecado, privándonos de la amistad de Dios y del paraíso, y condenándonos a una eternidad de penas. Pondera de la otra el amor infinito que Dios mostró en esta grande obra de la Encarnación del Verbo, haciendo que su Unigénito viniese a sacrificar su vida divina por manos de verdugos sobre la cruz en un mar de dolores y vituperios, para alcanzarnos el perdón y la salvación eterna. ¡Ah! que al contemplar este gran misterio y este exceso de amor cada cual no debería hacer otro que exclamar: ¡Oh bondad infinita! ¡oh misericordia infinita! ¡oh amor infinito! ¿Un Dios hacerse hombre, para venir a morir por mí?...

Afectos y súplicas.

Pero ¿cómo es, Jesús mío, que aquella ruina del pecado, que Vos habéis reparado con vuestra muerte, yo tantas veces he vuelto después a renovármela voluntariamente con tantas injurias como os he hecho? ¡Vos a tanta costa me habéis salvado, y tantas veces yo he querido perderme, perdiéndoos a Vos, bien infinito! Pero me da confianza lo que Vos habéis dicho: que cuando el pecador que os ha vuelto la espalda, se convierte des-

pués a Vos, no dejáis de abrazarlo: *Volveos a mí, y yo me volveré a vosotros,* decís por el profeta Zacarías [2]. Habéis también dicho: *Si alguno me abriere la puerta, yo entraré a él* [3]. He aquí, Señor, yo soy uno de estos rebeldes, ingrato y traidor, que muchas veces os he vuelto las espaldas y os he desechado de mi alma; mas ahora me arrepiento con todo el corazón de haberos de tal manera maltratado, y despreciado vuestra gracia. Me arrepiento y os amo sobre todas las cosas. Ved la puerta de mi corazón ya abierta; entrad, Señor, pero entrad para no salir jamás. Yo sé que Vos nunca saldréis, si yo no vuelvo a desecharos; pero ¡ah! este es un temor, y esta es también la gracia que os pido, y espero siempre pediros: hacedme morir, antes que yo use con Vos esta nueva y mayor ingratitud. Amable Redentor mío, por la ofensa que os he hecho no merecería ya amaros; pero os pido por vuestros méritos el don del santo amor. Para esto hacedme conocer cuán gran bien es el amor que me habéis tenido, y cuánto habéis hecho para obligarme a amaros. ¡Ah! mi Dios y Salvador, no me hagáis vivir más tiempo ingrato a tanta bondad vuestra. Yo no quiero dejaros más, Jesús mío. Basta cuanto os he ofendido. Razón es que estos años que me restan de vida los emplee todos en amaros y daros gusto. Jesús mío, Jesús mío, ayudadme; ayudad a un pecador que quiere amaros. ¡Oh María, madre mía! Vos todo lo podéis con

2 Zach. I, 3.
3 Apoc. III, 20.

Jesús, sois su Madre. Decidle que me perdone; decidle que me encadene con su santo amor. Vos sois mi esperanza, en Vos confío.

MEDITACIÓN II.

Et Verbum caro factum est. (Joan. I, 14).

Y el Verbo fue hecho carne.

El Señor envió a san Agustín para que escribiera sobre el corazón de santa María Magdalena de Pazzis las palabras *Verbum caro factum est.* Por lo que nos interesa, pidamos también nosotros al Señor que nos ilumine el entendimiento, y nos haga conocer qué exceso y prodigio de amor ha sido el que el Verbo eterno, el Hijo de Dios, se haya hecho también hombre por amor nuestro. La santa Iglesia se llena de admiración contemplando este misterio, según aquellas palabras: *Consideré tus obras, y me pasmé* [4]. Si Dios hubiese creado mil mundos mil veces más grandes y más bellos que el presente, es cierto que esta obra seria infinitamente menor que la Encarnación del Verbo. *Fecit potentiam in brachio suo.* Para ejecutar la obra de la Encarnación se ha necesitado toda la omnipotencia y sabiduría infinita de un Dios, haciendo que la naturaleza humana se uniese a una persona divina, y que una persona divina se humillase

4 Resp. 6 in Circ. Dom.

a tomar la naturaleza humana; de manera, que Dios se hizo hombre y el hombre se hizo Dios; y habiéndose unido la divinidad del Verbo al alma y al cuerpo de Jesucristo, se hicieren divinas todas las acciones de este hombre-Dios: divinas sus oraciones, divinos los padecimientos, divinos los vagidos, divinas las lágrimas, divinos los pasos, divinos los miembros, divina aquella sangre, para hacer de ella un baño de salud destinado a lavar todos nuestros pecados, y un sacrificio de infinito valor, para aplacar la justicia del Padre justamente indignado con los hombres. Y ¿quiénes son al fin estos hombres? Miserables criaturas, ingratas y rebeldes. Y ¡por ellas hacerse un Dios hombre! ¡Sujetarse a las miserias humanas! ¡Padecer y morir por salvar a estos seres indignos! *Se humilló a si mismo*, dice san Pablo, *hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz* [5]. ¡Oh fe santa! si tú no nos asegurases de esto, ¿quién podría creer jamás que un Dios de infinita majestad se haya abajado hasta hacerse pasible y mortal como nosotros, para salvarnos a costa de tantas penas e ignominias, y de una muerte tan cruel y vergonzosa ¡Oh gracia! ¡Oh fuerza del amor! exclama san Bernardo. ¡Oh gracia! que ni aun podrían imaginársela los hombres si Dios mismo no hubiese pensado hacérsela! ¡Oh amor divino, que no podrá jamás comprenderse! ¡Oh misericordia! ¡oh caridad infinita, digna solamente de una bondad infinita!

5 Philip. II, 8.

Afectos y súplicas.

¡Oh alma! ¡oh cuerpo! ¡oh sangre de mi Jesús! yo os adoro, y os doy gracias. Sois mi esperanza. Vosotros sois el precio pagado para rescatarme del infierno, que tantas veces he merecido. ¡Oh Dios! y que vida tan infeliz y desesperada aguardar debiera en la eternidad, si Vos, Redentor mío, no hubiéseis pensado en salvarme con vuestras penas y con vuestra muerte! Mas ¿cómo las almas redimidas por Vos con tanto amor, sabiendo esto, pueden vivir sin amaros, y despreciar vuestra gracia, que con tantos trabajos les habéis procurado? ¿Por ventura ignoraba yo todo esto? ¿Cómo, pues, he podido ofenderos, y ofenderos tantas veces? Pero repito, vuestra sangre es mi esperanza. Conozco, Salvador mío, el grande agravio que os he hecho. ¡Oh si hubiese yo muerto mil veces antes! ¡Oh si os hubiese siempre amado! Mas os doy gracias, porque me dais tiempo de verificarlo aun. Espero en lo que me resta de esta vida, y después en la eternidad alabar por siempre la misericordia que conmigo habéis usado. Después de mis pecados, yo merecía más tinieblas, y me habéis dado más luz. Merecía que me abandonáseis, y Vos con voces amorosas os habéis acercado llamándome. Merecía que mi corazón quedase más endurecido, y Vos lo habéis enternecido y compungido. Así es que por vuestra gracia siento ahora un gran dolor de las ofensas que os he hecho; siento en mí un gran deseo de

amaros; siento en mí una firme resolución de perderlo todo antes que vuestra amistad; siento un amor hacia Vos que me hace aborrecer todo lo que os desagrade; y este dolor, este deseo, esta resolución y este amor, quién me lo da? Me lo dais Vos por vuestra misericordia. Luego es, Jesús mío, señal de que ya me habéis perdonado; es señal de que ahora me amáis, y queréis salvarme a todo trance. Sí; Vos queréis mi salvación, y yo quiero salvarme, principalmente por daros gusto. Vos me amais, y también yo os amo; pero os amo poco, dadme más amor: Vos merecéis más amor de mí, a quien habéis dispensado gracias más especiales que a los demás. Ea, pues, aumentad la llama. María santísima, alcanzadme que el amor de Jesús consuma y destruya en mi todos los afectos que no son para Dios. Vos oís a todos, oidme también: alcanzadme amor y perseverancia.

MEDITACIÓN III.

Sic Deus dilexit munaum, ut Filium suum unigenitum daret. (Joan. III, 16).

De tal manera amó Dios al mundo, que dio su Hijo unigénito.

Considera como el eterno Padre, dándonos al Hijo por Redentor, por víctima y por precio de nuestro rescate, no podía darnos motivos más poderosos de esperanza y de amor; para inspirarnos confianza y para obli-

garnos a amarle. Dándonos el Padre su Hijo, dice san Agustín, no sabe ni tiene más que darnos. Quiere que nosotros apreciemos este inmenso don, a fin de adquirirnos la salvación eterna y toda gracia que nos sea necesaria para conseguirla, mientras que en Jesús hallamos cuanto podemos desear: luces, fortaleza, paz, confianza, amor y gloria eterna. Siendo cierto que Jesucristo es un don que contiene todos los otros dones, ¿qué podemos buscar y desear? *¿Acaso no nos donó con él todas las cosas?* dice san Pablo [6]. Habiéndonos Dios dado a su amado Hijo, que es la fuente y tesoro de todos los bienes, ¿quién puede temer que quiera negarnos alguna gracia que le pidamos? *Jesucristo,* dice el mismo Apóstol, *ha sido hecho por Dios, sabiduría, y justificación, y santificación, y redención* [7]. Dios nos le ha dado a nosotros ciegos e ignorantes, como luz y sabiduría, para caminar por la senda de la salvación, a nosotros reos e ingratos, como justicia para satisfacer por nuestras culpas, a nosotros pecadores, para santificarnos. Finalmente, Dios nos le ha dado a nosotros esclavos del demonio, como rescate, para adquirir la libertad de hijos de Dios. En suma, concluye el Apóstol, *con Jesucristo nosotros somos enriquecidos en todas las cosas, de manera que no nos falte cosa alguna en ninguna gracia* [8]. Y este don que nos ha hecho Dios de su Hijo, es un don hecho a

---

6 Rom. VIII, 32.
7 I Cor. I, 30.
8 I Cor. I.

cada uno de nosotros; pues que él le ha dado todo a cada uno, como si a él solo fuese donado; así es que cada uno de nosotros puede decir: Jesús es todo mío; mío es su cuerpo y su sangre, mía es su vida, sus dolores, su muerte: míos son sus méritos. Por esto decía san Pablo: *Me amó y se entregó a sí mismo por mí* [9]. Y lo mismo puede decir cada uno: Mi Redentor me ha amado, y por el amor que me ha tenido, se ha entregado todo a mí.

Afectos y súplicas.

¡Oh Dios eterno! y ¿quién jamás podía hacer este don que es de infinito valor, sino Vos que sois un Dios de amor infinito? ¡Oh Creador mío! y ¿qué más podíais hacer para darnos confianza en vuestra misericordia y ponernos en la obligación de amaros? Señor, yo os he pagado con ingratitudes; pero vos habéis dicho por vuestro Apóstol, que a los que aman a Dios todas las cosas les contribuyen al bien: *omnia cooperantur in bonum.* No quiero, pues, que el gran número y enormidad de mis pecados me hagan descontar de vuestra bondad; quiero que me sirvan para más humillarme, cuando reciba alguna afrenta. Muchas merece quien ha tenido el atrevimiento de ofenderos, bondad infinita: quiero que me sirvan para mejor resignarme con las cruces que me enviéis: para ser más diligente en serviros y honraros, a fin de compensar las inju-

9 Galat. II, 20.

rias que os he hecho. Quiero, sí, acordarme siempre, o Dios mío, de los disgustos que os he causado, para alabar más vuestra misericordia, y para encenderme siempre más en el amor hacia Vos, que se me habéis acercado cuando huía de Vos, y me habéis hecho tanto bien, después que yo tanto os he maltratado. Espero, Señor, que ya me habréis perdonado. Me arrepiento, y quiero siempre arrepentirme de los ultrajes que os he hecho. Quiero seros agradecido, compensando con mi amor la ingratitud que con Vos he usado. Pero Vos debéis ayudarme, y a Vos pido la gracia de cumplir esta mi voluntad. Haceos amar mucho de un pecador que os ha ofendido también mucho. Dios mío, Dios mío, y quién podrá jamás dejar de amaros, y separarse nuevamente de vuestro amor? ¡Oh María, reina mía! socorredme; Vos sabéis mi debilidad. Haced que yo me encomiende a Vos, siempre que el demonio pretenda separarme de Dios. Madre mía, esperanza mía, ayudadme.

MEDITACIÓN IV.

Ubi venit plenitudo temporis, misit Deus Filium suum. (Galat. IV, 4).

Cuando vino el cumplimiento del tiempo, envió Dios a su Hijo.

Considera cómo Dios, después del pecado de Adán, dejó pasar cuatro mil años antes de enviar a la tierra

su Hijo para redimir al mundo. Y mientras tanto ¡oh! ¡qué tinieblas de ruina ocupaban la tierra! El verdadero Dios no era conocido ni adorado sino en un ángulo del mundo apenas. Por todo reinaba la idolatría, siendo adorados por dioses los demonios, las bestias y las piedras. Pero admiremos en esto la sabiduría divina, que difirió la venida del Redentor, para hacerla al hombre más digna de agradecimiento; la difirió, para que se conozca mejor la malicia del pecado, la necesidad del remedio y la gracia del Salvador. Si luego de haber pecado Adán hubiese venido Jesucristo, se habría estimado poco la grandeza del beneficio. Agradezcamos, pues, la bondad de Dios por habernos hecho nacer después que ya se ha cumplido la grande obra de la Redención. Ved llegado ya el tiempo dichoso que fue llamado la plenitud de todos ellos, por el lleno de la gracia que el Hijo de Dios vino a comunicar a los hombres por medio de la Redención.

El Ángel embajador es enviado a la ciudad de Nazaret a la Virgen María, para anunciarle la venida del Verbo, que quiere encarnarse en su seno; la saluda, la llama llena de gracia y la bendita entre las mujeres. Ella, la elegida por Madre del Hijo de Dios, la humilde Virgen se turba al oír estas alabanzas; mas el Ángel la anima, y le dice que ha hallado gracia delante de Dios, esto es, aquella gracia que traía la paz entre Dios y los hombres, y la reparación de la ruina ocasionada por el pecado. Le advierte después el nombre de Salvador, que debe imponerle a

este su Hijo, y que era al mismo tiempo Hijo de Dios, que debía redimir al mundo y reinar sobre los corazones de los hombres. Miremos finalmente cómo María acepta el ser Madre de tal Hijo al pronunciar aquellas palabras: “Hágase en mí según tu palabra». *Fiat mihi secundum verbum tuum.* «El Verbo eterno toma carne y se hace hombre»: *et Verbum caro factum est.* Demos gracias a este Hijo, y démoslas también a esta Madre, que al aceptar serlo de un tal Hijo, acepta al mismo tiempo ser madre de nuestra salvación, y juntamente Madre de dolores, resignándose desde luego al anuncio de los que había de padecer, por ser madre de su Hijo, que venía a padecer y morir por los hombres.

Afectos y súplicas.

¡Oh Verbo divino hecho hombre por mí! aunque os vea tan humillado, y formado pequeño infante en el vientre de María, yo os confieso y os reconozco por mi Señor y Rey, pero Rey de amor. Mi amado Salvador; ya que habéis venido a la tierra a vestiros de nuestra carne para reinar sobre nuestros corazones, venid a establecer vuestro reino sobre mi corazón, que algún tiempo ha estado dominado por vuestros enemigos. Pero ahora es vuestro, como confío; y quiero que siempre lo sea, y que de hoy en adelante seáis Vos su único Señor. *Domina en medio de tus enemigos*, os diré con David: *Dominare in medio inimicorum*

tuorum [10]. Los otros reyes reinan con la fuerza de las armas; pero Vos venís a reinar con la fuerza del amor, y por esto no venís con pompa regia, no vestido de púrpura ni de oro, no adornado de cetro ni de corona, ni rodeado de ejércitos y soldados. Venís a nacer en un establo, pobre, abandonado, y a ser colocado en un pesebre sobre un poco de heno, porque así queréis comenzar a reinar en nuestros corazones. ¡Ah! mi Rey niño! y ¿cómo he podido yo rebelarme tantas veces contra Vos, y vivir tanto tiempo enemigo vuestro, privado de vuestra gracia, cuando para obligarme a amaros habéis depuesto vuestra majestad divina, y os habéis humillado tanto, hasta comparecer ahora de niño en una gruta, luego de adulto en un taller, y después reo sobre la cruz? ¡Feliz de mí si ahora que he salido, como espero, de la esclavitud del pecado, me dejara dominar siempre de Vos y de vuestro amor! ¡Oh mi rey Jesús! que sois tan amable y tan amante de nuestras almas, tomad posesión tal de la mía, a Vos la entrego toda. Aceptadla, para que os sirva por siempre, pero por amor. Vuestra majestad merece ser temida; pero más merece ser amada vuestra bondad. Vos, Rey mío, sois y seréis mi único amor; y el único temor que tendré en esta vida, será el de digustaros. Así lo espero. Ayudadme con vuestra gracia. Amada Señora mía María, Vos me habéis de alcanzar el ser fiel a este amado Rey de mi alma.

---

10 Psalm. CIX, 2.

MEDITACIÓN V.

Formam servi accipiens. (Philip. II, 7).
Tomando forma de siervo.

Baja a la tierra el Verbo eterno para salvar al hombre; y ¿de dónde desciende? Del seno de su divino Padre, en el que desde la eternidad fue engendrado entre los resplandores de los Santos. Y ¿a dónde desciende? Al seno de una virgen, hija de Adán, que respecto al seno de Dios no es sino un lugar de horror; de donde canta la Iglesia: *Non horruisli virginis uterum.* Sí, porque el Verbo, estando en el seno del Padre, es Dios como el Padre, inmenso, omnipotente, felicísimo y supremo Señor, en todo igual al Padre. Mas en el seno de María es criatura, pequeñito, débil, afligido, siervo y menor que el Padre. Cuéntase por prodigio grande de humildad que un san Alejo, hijo de un señor romano, quiso vivir de criado en la casa de su padre; pero ¿qué tiene que hacer la humildad de un tal Santo con la de Jesucristo? Entre hijo y criado del padre de aquel, había alguna diferencia de condición; mas entre Dios y siervo de Dios, hay una diferencia infinita. Por otra parte este Hijo de Dios, habiéndose hecho siervo de su Padre, por obedecerle se hizo también siervo de sus criaturas, esto es, de María y de José; pues, como nos dice san Lucas, *estaba sujeto a ellos* [11]. Además, se hizo

11 Luc. II, 51.

siervo de Pilatos, que lo condenó a muerte, la cual aceptó obediente; se hizo finalmente siervo de los verdugos que quisieron azotarle, coronarle de espinas y crucificarle, obedeciendo Jesús humildemente a todos, sometiéndose a sus manos. ¡Oh Dios! Y ¿nosotros rehusaremos después sujetarnos al servicio de este amable Salvador, que por redimirnos se ha sujetado a tantas servidumbres, tan penosas e indecorosas? Y por no ser siervos de este tan grande y tan amante Señor, ¿querremos hacernos esclavos del demonio que no nos ama, sí que nos odia y nos trata cual tirano, haciéndonos infelices y miserables en esta vida y en la otra? Pero, si hemos cometido esta gran locura, ¿por qué no salimos presto de esta infeliz esclavitud? Ea; pues, ya que hemos salido por la gracia de Jesucristo de la servidumbre del infierno; abracemos prontamente y estrechemos con amor aquellas dulces cadenas que nos hacen siervos y amantes de Jesucristo; las cuales nos obtendrán después la corona del reino eterno entre los bienaventurados del paraíso.

Afectos y súplicas.

Amado Jesús mío, Vos sois el monarca del cielo y de la tierra; mas por amor mío os habéis hecho súbdito hasta de los verdugos, que os han despedazado las carnes, traspasado la cabeza, y os han dejado finalmente enclavado sobre la cruz a morir de dolor. Yo os adoro

por mi Dios y Señor, y me avergüenzo de comparecer en vuestra presencia, acordándome que tantas veces por cualquier mísero gusto he roto los santos vínculos, y os he dicho en vuestro rostro no querer serviros. Sí, justamente, pues Vos me echáis en cara: *Rompiste mis ataduras, y dijiste no serviré* [12]. Pero me animan a esperar el perdón, o Salvador mío vuestros méritos y vuestra bondad, que no sabe despreciar un corazón que se arrepiente y humilla: *Cor contritum et humiliatum, Deus, nos despicies.* Confieso, Jesús mío, que sin razón os he disgustado; confieso que merezco mil infiernos por las ofensas que os he hecho; castigadme como queráis, mas no me privéis de vuestra gracia y amor. Me pesa sobre todo mal de haberos despreciado. Os amo con toda mi alma. Propongo de hoy en adelante querer solamente servir y amar a Vos. ¡Ah! por vuestros méritos ligadme con las cadenas de vuestro santo amor; no permitáis que yo me vea suelto de ellas. Os amo sobre todas las cosas. ¡Oh libertador mío! yo estimo más ser vuestro siervo que dueño de todo el mundo. Y ¿de qué sirve todo el mundo a quien vive privado de vuestra gracia? Jesús dulcísimo, no permitáis que me separe de Vos. Esta gracia os pido, y esta gracia propongo buscar siempre; y os suplico que me concedáis hoy la de repetiros en toda mi vida: *Jesús mío, no permitáis que yo me separe mas de vuestro amor.* Lo

12 Jerem. II, 20.

mismo os pido a Vos ¡oh María! madre mía, ayudadme con vuestra intercesión, a no separarme más de mi Dios.

MEDITACIÓN VI.

Creavit Dominus novum super terram. (Jerem. XXXI, 22).
El Señor ha creado una cosa nueva sobre la tierra.

Antes de la venida del Mesías, el mundo estaba sepultado en una noche tenebrosa de ignorancia y de pecados. Apenas el verdadero Dios era conocido en un solo ángulo de la tierra, a saber; en la Judea. En lo restante reinaba la más espantosa idolatría. Todo lo ocupaba la noche del pecado, el cuál ciega a las almas y las llena de vicios, y las priva de ver el miserable estado en que viven, enemigas de Dios, condenadas al infierno; pudiendo decir con el Salmista: *Pusiste tinieblas, y fue hecha la noche; en ella transitarán todas las bestias de la selvas* [13]. De estas tinieblas, pues, vino Jesús a libertar el mundo. Lo libró de la idolatría, dando a conocer al verdadero Dios, y lo libró del pecado con la luz de su doctrina y de sus divinos ejemplos; pues como dice san Juan: *Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo* [14]. Predijo el profeta Jeremías, que Dios debía crear un nuevo niño, para

13 Psalm. CIII, 20.
14 I Joan. III, 8.

ser el Redentor de los hombres: *Creavit Dominus novum super terram*[15]. Este nuevo niño fue Jesucristo; él es el Hijo de Dios, que enamora al paraíso, y es el amor del Padre, el cual habló de esta manera: *Este es mi Hijo el amado, en quien yo mucho me he complacido*[16]. Y este Hijo es aquel que se ha hecho niño, habiendo dado más gloria y honor en el primer momento que ha sido creado, que le han dado y estarán para darle todos los Ángeles y Santos juntos por toda una eternidad. Por esto en el nacimiento de Jesús cantaron los Ángeles: *Gloria a Dios en las alturas.* Ha dado, repito, a Dios más gloria Jesús aun niño, que le quitaron todos los pecados de los hombres. Cobremos, pues, ánimo nosotros pobres pecadores, ofrezcamos al eterno Padre este Infante, presentémosle las lágrimas, la obediencia, la humildad, la muerte y los méritos de Jesucristo, y recompensaremos a Dios las injurias que le hemos hecho con nuestras ofensas.

Afectos y súplicas.

¡Ah mi Dios eterno! yo os he deshonrado posponiendo tantas veces vuestra voluntad a la mía, y vuestra santa gracia a mis viles intereses y miserables satisfacciones... ¿Qué esperanza de perdón habría para mí; si Vos no me hubiéseis dado a Jesucristo precisamente a este

15 Jerem. XXXI, 22.
16 Matth. XVI, 5.

fin, para que fuese la esperanza de nosotros pecadores? Él es, dice el Apóstol, *propiciación por los pecados nuestros.* Sí, porque Jesucristo sacrificandoos la vida en satisfacción de las injurias que nosotros os hemos hecho, os ha dado más honor, que nosotros deshonra con nuestros pecados. Recibidme, pues, o Padre mío, por amor de Jesucristo. Me arrepiento, o bondad infinita, de haberos ultrajado: *He pecado contra el cielo y en vuestra presencia; no soy digno de llamarme hijo tuyo.* Ciertamente yo no soy digno de perdón, pero es digno Jesucristo de ser oído de Vos. Él os rogó por mí un día en la cruz: *Pater ignosce,* y ahora en el cielo os está diciendo, que me recibáis por hijo: *Tenemos por abogado con el Padre a Jesucristo, que intercede por nosotros,* dice san Juan [17]. Recibid un hijo ingrato que antes os dejó, mas ahora vuelve resuelto a amaros otra vez. Sí, Padre mío, yo os amo, y quiero siempre amaros. ¡Ah! Padre mío, ahora que he conocido el amor que me habéis tenido, y la paciencia con que me habéis sufrido tantos años, no me fío de vivir más sin amaros. Dadme un grande amor, que me haga siempre llorar los disgustos que he dado a Vos, Padre mío, tan bueno, y me haga siempre arder de amor hacia un Padre tan amante. Padre mío, yo os amo, yo os amo, yo os amo.

¡Oh María! Dios es mi Padre, y Vos sois mi Madre. Todo lo podéis con Dios, ayudadme, alcanzadme la santa perseverancia y su santo amor.

---

17 I Joan. II, 1.

MEDITACIÓN VII.

Deus Filium suum millens in similitudinem carnis peccati, et de peccato damnavit peccatum in carne. (Rom. VIII, 3).

Enviando Dios su Hijo en semejanza de carne de pecado, aun del pecado condenó al pecado en la carne.

Considera el humilde estado a que quiso abatirse el Hijo de Dios; no sólo quiso tomar, la forma de esclavo, sino de esclavo pecador. Por cuya razón escribió san Bernardo: «No sólo quiso tomar la condición de siervo, para sujetarse a otro, el que era Señor de todas las cosas; sino además la semejanza de siervo delincuente, para ser castigado como malhechor, el que era el Santo de los Santos». A este fin quiso vestirse de aquella misma carne de Adán, que había sido inficionada del pecado; y si bien no contrajo su mancha, tomó sobre sí nada menos que todas las miserias que la naturaleza humana había contraído en pena del pecado.

Nuestro Redentor, para alcanzarnos la salvación, se ofreció voluntariamente al Padre a satisfacer por todas nuestras culpas. El Padre le cargó de todas nuestras maldades; y he aquí al Verbo divino, inocente, purísimo, santo, helo cargado desde niño de todas las iniquidades, de las blasfemias, sacrilegios, fealdades y delitos de los hombres, hecho por amor nuestro el objeto de las divinas iras en razón del pecado, por el que se había obligado a pagar a la divina justicia. Así que,

tantas fueron las maldiciones que tomó sobre sí Jesucristo, cuantos fueron y serán los pecados mortales de todos los hombres. Venido que hubo al mundo, desde el principio de su vida se presentó al Padre cual reo y deudor de todas nuestras maldades; y como tal, fue condenado a morir ajusticiado y maldecido sobre la cruz: *Et de peccato damnavit peccatum in carne.*

¡Oh Dios! si el eterno Padre hubiese sido capaz de dolor ¿qué mayor pena hubiera experimentado, que la de verse obligado a tratar como reo, y reo el mas malvado del mundo, a aquel Hijo inocente, su amado, que era tan digno de su amor?

Ecce. Homo, dijo Pilatos cuando le mostró a los judíos azotado, para moverlos a compasión de aquel inocente tan maltratado. *Ecce Homo,* parece que el eterno Padre diga a todos nosotros, mostrándonoslo en el establo de Belén. «Este pobre niño que veis, o hombres, puesto en un pesebre de bestias, recostado sobre *la* paja, sabed que este es mi Hijo amado, que ha venido a cargar con vuestros pecados y vuestras penas; amadle, pues, porque es muy digno de vuestro amor; y os tiene muy obligados a amarle».

Afectos y súplicas.

¡Ah! mi Señor inocente, espejo sin mancha, amor del eterno Padre, no os pertenecían los castigos y maldiciones; tocaban, si, a mi pecador: Pero Vos habéis

querido manifestar al mundo este exceso de amor, sacrificando vuestra vida para alcanzarnos el perdón y la salvación, pagando con vuestras penas las que nosotros merecíamos. Alaben y bendigan todas las criaturas vuestra misericordia y bondad infinita. Yo os doy, gracias por parte de todos los hombres; pero especialmente por mi, ya que habiendoos ofendido yo más que los otros, habéis sufrido también más por causa mía las penas a que os sujetasteis. Maldigo mil veces aquellos indignos placeres míos, que os han costado tantos dolores. Mas, ya que habéis dado el precio de mi rescate, haced que no sea perdida para mí la sangre que por mi amor habéis derramado. Yo tengo dolor de haberos despreciado, amor mío, pero os lo pido mayor. Hacedme conocer, el mal que os he hecho en ofenderos, mi Redentor y mi Dios, que habéis padecido tanto por obligarme a amaros. Os amo, bondad infinita, pero deseo amaros más; quisiera amaros cuanto merecéis ser amado. Haceos amar, o Jesús mío, haceos amar de mí y de todos, que bien lo merecéis. ¡Ah! iluminad a los pecadores que no os quieren conocer, o no os quieren amar; hacedles entender que es lo que habéis hecho por amor a ellos, y el deseo que tenéis de su salvación.

María santísima, rogad a Jesús por mi, por mí y por todos los pecadores; alcanzadnos luz y gracia de amar a vuestro Hijo, que tanto nos ha amado...

MEDITACIÓN VIII.

Deus autem, qui dives est in misericordia, propter nimiam charitatem suam qua dilexit nos, et cum essemus mortui peccatis, convivificavit nos Christo. (Ephes. II, 4, 5).

Mas, Dios, que es rico en misericordia, por su extremada caridad con que nos amó, aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dio vida juntamente con Cristo.

Considera que la muerte del alma es el pecado; pues que este enemigo de Dios nos priva de la divina gracia, que es la vida del alma. Nosotros; miserables pecadores, por nuestras culpas estábamos ya todos muertos y condenados al infierno. Dios, por el inmenso amor que tenía a nuestras almas, quiso volvernos la vida, y ¿qué hizo? Envió a la tierra su Unigénito, para que muriese, a fin de que él mismo nos recobrase la vida con su muerte. Con razón, pues; el Apóstol, llama a esta obra de amor, *extremada caridad. Sí,* porque no pudiera jamás esperar el hombre recibir de un modo tan amoroso la vida, si Dios no hubiese hallado esta manera de redimirle para siempre, *æterna redemptione in venta!* [18]. Estaban todos los hombres muertos, y no había redención para ellos. Pero el Hijo de Dios, por las entrañas de su misericordia, viniendo del cielo, *oriens ex alto*, nos ha dado la vida; y por esto justa-

18 Hebr. IX, 12.

mente llama el Apóstol *a Jesucristo nuestra* vida. He aquí a nuestro Redentor, que vestido ya de carne y hecho niño nos dice: *He venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia* [19]. A este, fin vino a tomar sobre sí la muerte, para darnos la vida. Razón *es, pues*, que nosotros vivamos solamente para aquel Dios que se ha dignado morir por nosotros: razón es que Jesucristo sea el único señor de vuestro corazón, ya que ha derramado su sangre, y dado la vida para ganárselo; porque, como dice san *Pablo: Por esto murió Cristo y resucitó, para ser Señor de muertos y de vivos* [20]. ¡Oh Dios! ¿quién será aquel ingrato e infeliz, que creyendo por la fe haber muerto un Dios para cautivarse su amor, rehuse después amarle; y renunciando a su amistad, quiera hacerse voluntariamente esclavo del infierno?

Afectos y súplicas.

¡Con qué, Jesús mío si Vos no hubiéseis aceptado y sufrido la muerte por mí, yo habría quedado muerto en mi pecado; sin esperanza de salvarme, y de poder ya mas amaros! Pero después que con vuestra muerte me habéis alcanzado la vida, yo de nuevo la he perdido voluntariamente tantas veces, volviendo a pecar! Vos habéis muerto por ganar mi corazón, y yo rebe-

19 Joan. X, 10.
20 Rom. XIV, 9.

lándome contra vos, lo he hecho esclavo del demonio. Os he perdido el respeto, y he dicho no quereros por mi Señor. Todo es verdad; mas lo es también que Vos no queréis la muerte del pecador, si que se convierta y viva; y por esto habéis muerto, por darnos la vida. Yo me arrepiento de haberos ofendido, Redentor mío amado, y Vos perdonadme por los méritos de vuestra pasión; dadme vuestra gracia; dadme aquella vida que me habéis adquirido con vuestra muerte, y de hoy en adelante dominad plenamente en mi corazón. No, no quiero que sea mas dueño el demonio; él no es mi Dios, no me ama, nada tampoco ha padecido por mí. Por lo pasado, no ha sido verdadero señor de mi alma, sino ladrón; Vos solo, Jesús mío, sois mi verdadero dueño, que me habéis criado, y redimido con vuestra sangre; Vos solo me habéis amado, y amado tanto. Razón es, pues, que sea solamente vuestro en el tiempo que me resta de vida. Decid que es lo que queréis de mí, que todo quiero hacerlo. Castigadme como os plazca, yo todo lo acepto. Ahorradme sólo el castigo de vivir sin vuestro amor, haced que os ame, y después disponed como queráis de mi.

María santísima, refugio y consuelo mío, recomendadme a vuestro Hijo. Su muerte y vuestra intercesión son toda mi esperanza.

MEDITACIÓN IX.

Dilexit nos, et tradidit semetipsum pro nobis. (Ephes. V, 2).
Nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros.

Considera como el Verbo eterno es aquel Dios infinitamente feliz en sí mismo; de manera que su felicidad no puede ser ya más grande, ni la salvación de todos los hombres podía aumentarla, ni disminuirla cosa alguna. Y con todo, ha hecho, y padecido tanto por salvarnos a nosotros miserables gusanos, «que si su bienaventuranza (dice santo Tomás) hubiese dependido de la del hombre, no habría podido padecer ni sufrir más»: *Quasi sine ipso beatus, esse non posset. Y* en verdad, si Jesucristo no pudiera haber sido bienaventurado sin redimirnos ¿cómo hubiera podido humillarse más de lo que se ha humillado; hasta tomar sobre sí nuestras enfermedades, los abatimientos de la infancia, las miserias de la vida humana, y una muerte tan cruel e ignominiosa? Sólo un Dios era capaz de amar con tanto exceso a nosotros miserables pecadores, que éramos tan indignos de ser amados. Dice un devoto autor; que si Jesucristo nos hubiese permitido pedirle las pruebas más grandes de su amor; ¿quién jamás se habría atrevido a demandarle que se hiciese niño como nosotros, que se vistiese de todas nuestras miserias, y además fuese el más pobre entre todos los hombres, el más vilipendiado y el más maltratado,

hasta morir por manos de verdugos y a fuerza de tormentos sobre un infame patíbulo, maldecido y abandonado de todos, hasta *de su mismo* Padre que desampara el Hijo, por no dejarnos sepultados en nuestras ruinas? Pero lo que nosotros no nos habríamos ni aun atrevido a pensar, el Hijo de Dios lo pensó, y lo ha ejecutado. Desde niño se ha sacrificado por nosotros a las penas, a los oprobios y a la muerte. *Dilexit nos, el tradidit semetipsum pro nobis. Nos* ha amado, y por amor se nos ha dado a sí mismo, a fin de que ofreciéndole por víctima al Padre en satisfacción de nuestras deudas, podamos por sus méritos alcanzar de la bondad divina cuantas gracias deseemos: víctima más estimada al Padre, que si le fuesen ofrecidas las de todos los hombres, y de todos los Ángeles. Ofrezcamos, pues, nosotros siempre a Dios los méritos de Jesucristo, y por ellos pidamos y esperemos todo bien.

Afectos y súplicas.

¡Jesús mío! demasiada injusticia haría yo a vuestra misericordia y a vuestro amor, si después que me habéis dado tantas muestras del afecto que me tenéis, y de la voluntad de salvarme, desconfiase de vuestra piedad y amor. ¡Mi amado Redentor! yo soy un pobre pecador, pero a estos habéis venido Vos a buscar, según aquello que dijisteis: No *he venido a llamar los justos, sí los pecadores.* Soy un pobre enfermo, pero a es-

tos habéis venido a curar. Estoy perdido por mis pecados, mas a tales perdidos habéis venido a salvar, *porque el Hijo del hombre vino a salvar lo que había perecidos* [21]. ¿Qué puedo temer, pues, si quiero enmendarme y ser vuestro? Solamente debo temer de mi y de mi debilidad; pero esta mi debilidad y pobreza debe aumentarme la confianza en Vos, que habéis protestado ser el refugio de los pobres, y escuchar sus deseos [22]. Esta gracia, pues, os pido, Jesús mío, dadme confianza en vuestros méritos, y haced que por ellos siempre me encomiende a Dios. Padre eterno, salvadme del infierno, y antes del pecado por amor de Jesucristo. Por los méritos de este Hijo dadme luz para seguir vuestra voluntad dadme fuerza contra las tentaciones; dadme el don de vuestro santo amor. Y sobre todo os suplico me deis la gracia de pediros siempre que me ayudéis por amor de Jesucristo, el cual ha prometido que Vos concederéis cuanto os pidiéremos en su nombre. Si de esta manera continúo pidiendoos, ciertamente me salvaré; pero si no lo hago así, me perderé seguramente.

María santísima, alcanzadme esta gracia suma de la oración, de perseverar encomendándome a Dios y también a Vos, que alcanzáis de Dios cuanto queréis.

---

21 Matt XVIII, 11.

22 Factus est Dominus refugium pauperi. (Psalm. IX 10). Desiderium pauperum exaudivit Dominus. (Psalm. X, 17).

MEDITACIÓN X.

Virum dolorum el scientem infirmitatem. (Isai. LIII, 3).
Varón de dolores y que sabe de trabajos.

Así llamó el profeta Isaías a Jesucristo, el *hombre de dolores;* sí, porque este hombre fue engendrado para padecer, y desde niño comenzó a sufrir los mayores dolores que jamás habían sufrido los otros.

El primer hombre Adán tuvo algún tiempo en que gozó en esta tierra las delicias del *paraíso* terrenal. Pero el segundo Adán, Jesucristo, no tuvo momento alguno de *su* vida que no estuviese lleno de afanes y agonías; habiéndole ya afligido desde niño la vista funesta de todas las penas e ignominias que debía padecer en su vida, y especialmente después en su muerte, sumergido en una tempestad de dolores y oprobios; como ya predijo David por aquellas palabras: He *llegado a alta mar, y la tempestad me ha anegado* [23]. Jesucristo desde el vientre de María aceptó la obediencia dada a él por el Padre, acerca de su pasión y muerte: *Factus obediens usque ad mortem* [24]; pues que desde el vientre de María previó los azotes, y ofreció a estos sus carnes: previó las espinas y ofrecioles su cabeza: previó las bofetadas y ofreció sus mejillas: previó los clavos y ofreció las manos y los pies: previó la cruz y ofreció su vida. De

23 Psalm. LXIII, 3.
24 Philip. II, 8.

aquí fue, que nuestro Redentor desde la primera infancia, en todos los momentos de su vida padeció un continuo martirio, y este le ofreció sin cesar por nosotros al eterno Padre. Pero lo que más le afligió fue la vista de los pecados que debían cometer los hombres, aun después de su penosa redención.

Conocía bien con su luz divina la malicia de todos los pecados, y para quitarlos venía al mundo; más viendo además un número grande que se habían de cometer después, esto dio mayor pena al corazón de Jesús, que las penas que han padecido y padecerán todos los hombres de la tierra.

Afectos y súplicas.

Dulce Redentor mío, ¿cuándo será que yo comience a ser agradecido a vuestra bondad infinita? ¿Cuándo comenzaré a reconocer el amor que me habéis tenido, y las penas que por mi habéis sufrido? Hasta aquí en vez de amor y gratitud os he dado ofensas y desprecios. ¿Deberé, pues, seguir siempre viviendo ingrato a Vos, Dios mío, que nada habéis excusado por conquistaros mi amor? No, Je*sús mío, no ha* de ser así. Yo quiero en los días que me restan de vida seros agradecido, y Vos me habéis de ayudar. Si os he ofendido, vuestras penas y vuestra muerte son mi esperanza. Vos habéis prometido perdonar al que se arrepiente. Yo me arrepiento con toda el alma de haberos despreciado.

Cumplid vuestra palabra, amor mío, perdonadme. Oh mi amado Niño, en ese pesebre os contemplo clavado ya en la cruz que tenéis presente y aceptáis por mi. Infante mío crucificado, os diré, yo os doy gracias y os amo. Vos sobre esa paja, padeciendo por mi, y preparandoos ya para morir por mi amor, me convidáis y mandáis que os ame diciendo: Amarás al *Señor tu Dios. Y yo no* deseo otra cosa que amaros. Ya, pues, que de mi queréis ser amado, dadme todo el amor que de mi exigís. El amor hacia Vos es don vuestro, y el don mas grande que podéis hacer a un alma. Aceptad, o Jesús mío, por amante vuestro un pecador que tanto os ha ofendido. Vos habéis venido del cielo a buscar las ovejuelas perdidas: buscadme, pues, que yo no busco a otro que a Vos. Queréis mi alma, y ella no quiere a otro que a Vos. Amais a quien os ama diciendo *Diligentes me diligo*. Yo os amo, amadme también Vos, y si me amáis, atadme a vuestro amor, y atadme de manera que no pueda separarme más de Vos.

María madre mía, ayudadme. Sea también vuestra gloria ver amado a vuestro Hijo de un miserable pecador, que antes tanto le ha ofendido.

MEDITACIÓN XI.

Iniquilates nostras ipse portavit. (Isai. LIII).

Llevó sobre sí nuestras maldades.

Considera como el Verbo divino, haciéndose hombre, no sólo quiso tomar la figura de pecador, sino que también cargar sobre sí todos los pecados de los hombres, y satisfacer por ellos como si fuesen propios, es decir, como si los hubiese cometido. Ahora pensemos de aqui en qué opresión y angustia debía hallarse el corazón del niño Jesús, que ya se había cargado con todos los pecados del mundo, viendo que la justicia divina pedía de él una plena satisfacción. Conocía bien la malicia de todo pecado, cuando con la luz de la divinidad que le acompañaba comprendía inmensamente, más que todos los hombres y todos los Ángeles, la infinita bondad de su Padre, y el mérito infinito que tiene para ser respetado y amado. Después veía a las claras delante de sí innumerables pecados de los hombres, por los que debía él padecer y morir.

Hizo ver el Señor una vez a santa Catalina de Génova la fealdad de una sóla culpa venial; y a tal vista, fue tan grande el espanto y el dolor de la Santa, que cayó desmayada en tierra. ¿Qué pena sería, pues, la de Jesús niño, al verse luego que vino al mundo presentado ante el inmenso cúmulo de maldades de todos los hombres, por las cuales debía satisfacer? «Ya en-

tonces, dice san Bernardino de Sena, tuvo conocimiento de cada culpa en particular de todos los hombres». Por esto añade el cardenal Hugo, que los verdugos le atormentaron exteriormente crucificándole; pero nosotros interiormente pecando; y más afligió al alma de Jesucristo cada pecado nuestro, que afligió a su cuerpo la crucifixión y la muerte. He aquí, pues, la recompensa que ofreció a este divino Salvador cualquiera que se acuerde de haberle ofendido con pecado mortal.

Afectos y súplicas.

Mi amado Jesús, yo que hasta ahora os he ofendido, no soy digno de gracia; mas por el mérito de aquellas penas que padecisteis y ofrecisteis a Dios a la vista de todos mis pecados, satisfaciendo por ellos a la justicia divina, hacedme participante de la luz con que vos entonces conocisteis su malicia, y de aquella aversión con que los detestasteis. Porque ¿se habrá de verificar, o mi Salvador, que yo soy verdugo de vuestro corazón todos los momentos de vuestra vida, y aun mas cruel que cuantos os crucificaron? ¿Y que esta pena la he renovado y acrecentado siempre que he vuelto a ofenderos? Señor, Vos habéis muerto ya para salvarme; pero no basta para esto vuestra muerte, si yo de mi parte no detesto sobre todo mal y no tengo verdadero dolor de las ofensas que os he hecho. Mas este dolor también me lo habéis de dar Vos, que lo dais a

quien os lo pide. Yo os lo pido por el mérito de todas vuestras penas que padecisteis en esta tierra dadmelo tal, que corresponda a mi malicia. Ayudadme, Señor, a hacer este acto de contrición:

Eterno Dios, sumo e infinito bien; yo miserable gusano he tenido el atrevimiento de perderos el respeto, y despreciar vuestra gracia. Yo detesto sobre todo mal y aborrezco la injuria que os he hecho; me arrepiento de ello con todo el corazón, no tanto por el infierno que he merecido, cuanto por que he ofendido vuestra infinita bondad. Espero por los méritos de Jesucristo que me perdonaréis, y espero también con el perdón la gracia de amaros. Os amo, o Dios digno de infinito amor, y siempre quiero repetiros, yo os amo, yo os amo, yo os amo, y como os decía vuestra amada santa Catalina de Génova estando al pie de vuestra cruz, de la misma manera yo que estoy a vuestros pies quiero deciros: «Señor mío, no mas pecados, no mas pecados». No, Jesús mío, que Vos no merecéis ser ofendido, si que solamente merecéis ser amado. Redentor mío, ayudadme.

Madre mía María socorredme, no os pido otra cosa que vivir amando a Dios en esta vida que me resta.

MEDITACIÓN XII.

Dolor meus in conspectu meo semper. (Psalm. XXXVII, 18). Mi dolor está siempre delante de mí.

Considera como todas las penas e ignominias que Jesús padeció en su vida y muerte, todas las tuvo presentes desde el primer instante de su vida; y todas ellas comenzó desde niño a ofrecerlas en satisfacción de nuestros pecados, principiando desde entonces a hacer de Redentor. Él mismo reveló a un siervo suyo, que desde el primer momento de su vida hasta la muerte siempre padeció; y padeció tanto por los pecados de cada uno de nosotros, que si hubiese tenido tantas vidas cuantos son los hombres, tantas veces habría muerto de dolor, a no haberle conservado Dios la vida, para padecer más. ¡Oh! ¡y qué martirio tuvo siempre el amante corazón de Jesús, al ver todos los pecados de los hombres! Dice santo Tomás [25] que este dolor de Jesucristo en conocer la ofensa del Padre, y el daño que del pecado debía después provenir a las almas de él mismo amadas, sobrepujó al dolor de todos los pecadores contritos, aun de aquellos que murieron de puro dolor. Sí, porque ningún pecador ha amado jamás a Dios y a su propia alma tanto, cuanto Jesús amaba al Padre y a nuestras almas. De aquí es, que aquella ago-

25 P. 3., q. 46, art. 6 ad.

nía padecida por el Redentor en el huerto a la vista de todas nuestras culpas, de cuya satisfacción se había encargado, la padeció ya desde el vientre materno: *Pobre soy yo, y en trabajos desde mi juventud* [26]. *Así por* boca de David predijo de sí nuestro Salvador, que toda su vida debía ser un continuo padecer: De esto deduce san Juan Crisóstomo, que nosotros no debemos afligirnos de otra cosa que del pecado; y que así como Jesús por los pecados nuestros fue afligido en toda su vida; así nosotros que los hemos cometido, debemos tener un continuo dolor, acordándonos de haber ofendido a un Dios que tanto nos ha amado. Santa Margarita de Cortona no cesaba de llorar sus culpas; un día le dijo el confesor: Margarita, no más, basta, el Señor ya te ha perdonado. ¡Cómo! respondió la Santa; ¿cómo pueden serme bastantes las lágrimas derramadas y el dolor, por aquellos pecados que afligieron a mí Jesús durante toda su vida?

Afectos y súplicas.

Ved, Jesús mío, a vuestros pies el ingrato, el perseguidor que os ha tenido afligido toda vuestra vida. Pero os diré con Ezequías: Mas *tú has librado mi alma de que no pereciese, echaste tras tus espaldas todos mis*

26 Psalm, LXXXVII.

pecados [27]. Yo os he ofendido, os he traspasado con tantos como son mis pecados; mas Vos no habéis rehusado cargaros de todas mis culpas; yo espontáneamente he arrojado mi alma a arder en el infierno cuantas veces he consentido en ofenderos gravemente, y Vos, a costa de vuestra sangre, no habéis dejado de librarla y procurar no quedase perdida. Amado Redentor mío os doy gracias. Quisiera morir de dolor pensando que he maltratado tanto vuestra bondad infinita. Amor mío, perdonadme, y venid a tomar posesión de todo mi corazón. Habéis dicho «que no os desdeñaréis de entraros a quien os abre, y estaros en su compañía [28]». Si en algún tiempo yo os he desechado, ahora os amo, y no deseo otra cosa que vuestra gracia. Ved la puerta que está abierta, entrad luego en mi pobre corazón, pero entrad para no salir nunca. El es pobre, mas entrando lo haréis rico. Yo seré rico, siempre que os poseyere a Vos, sumo bien.

Oh Reina del cielo, Madre dolorida de Hijo dolorido, también yo os he sido motivo de pena, habiendo Vos participado de una gran parte de los dolores, de Jesús. Perdonadme sin embargo, Madre mía, y alcanzadme la gracia de seros fiel, ahora que espero haya vuelto ya Jesús a mi alma.

---

27 Isai, XXXVIII, 17.
28 Apoc. III, 20.

MEDITACIÓN XIII.

Baptismo habeo baptizari: et quomodo coarctor usque *dum perficiatur?* (Luc. XII, 50).

Con bautismo es menester que yo sea bautizado: ¿y cómo me angustio hasta que se cumpla?

Considera cómo Jesús padeció desde el primer momento de su vida; y todo lo padeció por amor nuestro. Él no tuvo en toda su vida otro interés después de la gloria del Padre, que nuestra salvación. Como Hijo de Dios, no tenía necesidad de padecer para merecerse el paraíso. Cuanto sufrió de penas, de pobreza y de ignominias, todo lo aplicó para merecernos la salvación eterna. Así, pudiendo salvarnos sin padecer, quiso tomar una vida de dolores, pobre, despreciada y desamparada de todo alivio, con una muerte la más desolada y amarga que jamás había sufrido mártir o penitente alguno; sólo por darnos a entender la grandeza del amor que nos tenía, y por ganarse nuestros afectos. Vivió treinta y tres años, y vivió suspirando porque se acercase la hora del sacrificio de su vida, que deseaba ofrecer para alcanzarnos la divina gracia y la gloria del paraíso. Este deseo le hizo decir: Con bautismo *es menester que yo sea bautizado; ¿y cómo me angustio hasta que se* cumpla? Deseaba ser bautizado con su propia sangre, no para lavar sus pecados, siendo él inocente y santo, si los de los hombres, a quienes